

# **Discurso pronunciado por el Senador socialista MARMADUKE GROVE V.**

*Sesión del 23 de Mayo de 1934*

El señor Grove (don Marmaduke).—Honorable Senado:

Al llegar a este recinto comprendo la gran responsabilidad que asumo y la dura herencia que recibo.

Reemplazar al desaparecido senador socialista Eugenio Matte Hurtado no es cosa fácil y pocos ciudadanos podrán en nuestro país, durante los últimos años, comparar su actuación a la del notable tribuno y destacado jurisconsulto que dejó la vida luchando por sus ideales.

Matte era un cerebro y un corazón. A su muerte todos le rindieron el homenaje que en su vida no obtuvo. Fué esta un batallar constante y un ejemplo de modestia, de abnegación, de estudio y de sacrificio. Desde joven consagró lo mejor de su espíritu a servir a los obreros y a levantarlos en su condición moral, social y económica. En el gobierno se reveló austero y honesto; en la oposición culto y perspicaz.

Al hablar hoy le tributo mi homenaje sincero y declaro que su sillón es la más pesada responsabilidad que podía dejar a su partido que en momentos trascendentales de su vida me ha conferido el honor de su jefatura.

Comprendo claramente que mi labor será difícil y que la vida de un hombre no basta para orientar y encauzar el enorme anhelo de justicia que cristalizó en la elección del 8 de Abril. Preso en la Penitenciaría por un supuesto complot; sin medios materiales y sin recursos eficaces de publicidad, mi candidatura parecía algo

insensato y arrogante en presencia de los compactos partidos históricos y de las poderosas fuerzas tradicionales que se me oponían. Además, mi persona había sido por dos años el blanco obligado de cuanto ataque, insidia o error interesado o producto de la equivocación, blandían los enemigos tradicionales del avance social y de la renovación económica de la República.

Pero algo había, Honorable Senado, con que no contaban mis adversarios, y ese algo estaba extendido por todo el país y estaba en la conciencia de millares de hombres que ya no creían en los viejos recursos de la política profesional y en las artimañas con que por un siglo se había hecho posible la dominación social de una clase que disponía de todas las llaves de la victoria.

El ambiente socialista que se extendía por la nación y que hacía posible la existencia en todo el país y el éxito de un fuerte Partido Socialista en Santiago no es algo accidental y sin vínculos en los sucesos que han conmovido a la República en los últimos diez años. Como mi persona ha actuado en ese decenio y como el Partido Socialista pasa a tener importancia capital en la vida política de Chile, el Honorable Senado me perdonará que fije ahora las líneas fundamentales de mi conducta pasada y de la historia y principios del Partido Socialista.

La crisis de los Partidos Históricos que se manifestó en la última elección y el apareamiento en nuestra vida ciudadana de otras colectividades y grupos sociales son en gran parte el producto de errores y procedimientos que deben ser disterrados en el porvenir. Y conviene anotar a este respecto que en el propio seno de la tradición y del conservantismo, se ha evidenciado esta crisis y la necesidad de conjurarla.

Para quienes me han combatido con rudeza y para el inmenso núcleo cívico que me dió el triunfo no es sin embargo un misterio la diferencia de métodos que existe entre los representantes del pasado y los propulsores del porvenir.

Mientras los partidos históricos son manejados y dirigidos por pequeños grupos y oligarquías centralizadas, el Partido Socialista es una colectividad en que las dirigidas y las bases forman un todo compacto y orgánico. En otras palabras, dentro del socialismo, el cerebro y el músculo se unen sin desvincularse en su acción respectiva para un objetivo común. El Partido Socialista de Chile ha dado recientemente las primeras muestras de vida y se ha organizado mediante la fusión de cinco núcleos que actuaban separados en busca del mismo propósito. Esos núcleos eran: la Acción Revolucionaria Socialista, el Partido Socialista Marxista, la Nueva Acción Pública, la Orden Socialista y el Partido Socialista Unificado. A estos núcleos se unieron masas de simpatizantes venidos de todos los sectores del socialismo que celebraron la fusión el 19 de Abril de 1933. Mediante esta obra se ha podido fortalecer y llevar al éxito a un partido con ideas nuevas y definidas sobre nuestros problemas sociales, económicos y políticos.

Mi actuación pública ha sido discutida, y eso en parte revela la existencia de algunos errores que paso a refutar.

Se ha dicho que intervine en política para derrocar al Presidente constitucional de Chile en 1924, señor don Arturo Alessandri. Eso es inexacto y mi primera figuración fué posterior.

Tampoco ocupé un cargo en la Junta Militar que actuó hasta Diciembre de ese año.

Mi primer paso en la vida pública fué en la fecha en que al verse desviado el movimiento militar de la oficialidad joven, se trató de devolver a éste su impulso primero.

La Revolución de Septiembre fué acogida con júbilo por la derecha y aplaudida por sus prohombres. Más de alguno de mis honorables colegas le tributó su aplauso incondicional.

El Partido Conservador fué el eje de ese movimiento y se creyó el usufructuario legítimo de la obra laborada en la sombra por las sociedades secretas de la derecha llamadas "La Teja" y "La Cabaña". Entre sus mentores estaban los ciudadanos Oscar Dávila, Francisco Huneeus y otros conocidos políticos unionistas.

No era nuevo el hecho de que los conservadores se manifestarán revolucionarios y anti constitucionalistas cuando el giro de los sucesos históricos iba a favorecer sus principios e intereses políticos o económicos. Ya en Ochagavía y Lircay cuando el peluconismo se alzaba contra los pipiolos, fueron las armas y la revolución los medios con que se impuso esa dominación de la casta de los acomodados y estanqueros a la nacionalidad. Más tarde, en 1859 los clericales conspiraron contra el Presidente Don Manuel Montt. Por fin, en 1891 los conservadores financiaron y equiparon a los revolucionarios contra el preclaro y previsor Presidente don José Manuel Balmaceda. Junto a los banqueros Matte, Ross y Edwards hundieron en su comienzo el despertar de una nueva conciencia cívica en Chile.

No fué raro entonces que los conservadores y la derecha se alborazaran con el movimiento del General Altamirano en 1924. Para contrarrestar esta reacción intervine el 23 de Enero.

La agitación producida en la opinión avanzada de los chilenos y la candidatura de don Ladislao Errázuriz Lazoano a la Presidencia de la República, motivaron un estallido de indignación entre los obreros, intelectuales y estudiantes.

El Ejército había servido en apariencia los intereses reaccionarios. Con motivo de esta alarma, la oficialidad joven propició la idea de traer de nuevo al país al Presidente Constitucional Don Arturo Alessandri, que se hallaba en Europa.

A su regreso se opuso don Agustín Edwards, que representaba entonces la opinión conservadora de los jefes de la marina. En ese tiempo el Señor Alessandri era un réprobo y merecía para sus actuales aliados los más duros y descorchetes calificativos.

Pero se impuso el pensamiento de la parte sana de los oficiales y todos sintieron renovadas las esperanzas en un porvenir mejor. El ejército podía retirarse a sus cuarteles lleno de gloria y de confianza.

za. No me arrepiento y antes bien me siento orgulloso de haber actuado en esos sucesos que hacían augurar días mejores para este país.

La oficialidad joven haciéndome un honor que no creía merecer, me ofreció el Ministerio de Guerra. Tuve en mis manos el movimiento militar y pude destacarme, si lo hubiese deseado, como un caudillo de los anhelos y aspiraciones de la porción más sana de los militares. Pero entonces preferí dedicarme a mis labores profesionales de estudio y de trabajo.

En el Ejército comenzó a surgir con caracteres de jefe el entonces Teniente Coronel Don Carlos Ibáñez del Campo. No es este el momento de juzgarlo históricamente; pero creo que el destino político y social de Chile habría sido distinto si la derecha no lo cultivaba y apoya desde el primer instante.

Todo el año 1926 es un constante avance y crecimiento de la actuación política del señor Ibáñez, con cuyas ideas y pretensiones me manifesté en desacuerdo.

El triunfo de los partidos políticos y la exaltación de éstos en la elección presidencial que llevó a la primera magistratura de la nación a Don Emiliano Figueroa, crearon un dualismo grave en nuestra vida política. La oligarquía miraba ya con interés al señor Ibáñez a pesar de que en el seno de ella no podía gozar de amplias simpatías.

La debilidad del Presidente Figueroa, de los partidos políticos y del propio Presidente de la Cámara de Diputados en aquel tiempo, hicieron crecer y tomar preponderancia al Señor Ibáñez. Por otra parte, se temía al comunismo y a las ideas avanzadas de los grupos asairiados que apoyaron la candidatura presidencial del doctor José Santos Salas.

En ese tiempo se planteó la posibilidad de que yo fuese al Ministerio de Guerra. Además se hicieron públicas mis divergencias con respecto al rumbo impreso al gobierno por el Ministro de Guerra.

El resultado de todo ello fué mi envío a Europa con la comisión de Adicto en Suecia primero y con otros cargos después.

Me consagré por entero a mis ocupaciones y traté de olvidar el amargo destino de mi patria. Pero entretanto llegaban los ecos de la dictadura franca del señor Ibáñez y las deportaciones de algunos políticos que hoy son mis mayores enemigos.

Miré con simpatías a esos hombres y sentí su desgracia. Muchas veces también se me acercaron en Europa y me demostraron su cordial estimación. Más tarde ví que esperaban de mí un apoyo militar que hiciera posible su retorno al poder, del que los había arrojado la desconfianza de una dictadura que contaba con el aplauso de lo más granado de la plutocracia chilena.

En Febrero de 1928 se inventó el llamado complot de Dover, en el cual se me hizo aparecer en compañía de los señores Arturo Ales-

sandri Palma, Enrique Bravo, Agustín Edwards y José Santos Salas. En la oficinas de la Embajada de Chile en Londres se concertó esta burda trama que resultó precursora de otras que he tenido que padecer más tarde. Fui destituido en Agosto de 1928 por un Senado que obedecía las órdenes del gobierno imperante y se me prohibió que regresara al país.

Entonces resolví retener en mi poder el saldo de siete mil novecientas treinta y ocho libras ocho chelines y tres peniques que conservaba de las cantidades remitidas para enviar material de aviación a Chile.

De estas siete mil libras me solicitaron cuatro mil los revolucionarios que en Buenos Aires formaron más tarde un comité secreto que trataba de derrocar al Presidente Ibáñez. Hasta hoy retiene en su poder mil novecientas libras el actual senador don Enrique Bravo Ortiz, tesorero de ese grupo revolucionario.

—**Risas y manifestaciones en las tribunas y galerías.**

El señor Marambio (Presidente).—Prevengo a los asistentes a las tribunas y galerías que les está prohibido hacer manifestaciones.

Puede continuar el honorable Senador.

El señor Grove (don Marmaduke).—Estas libras se gastaron con la anuencia del actual Presidente de la República y con su abier- to beneplácito. Sus amigos personales y partidarios, don Enrique Bravo Ortiz y don Horacio Hevia, dispusieron de estas libras y obtuve, además, declaraciones del actual Presidente de la República y todo el apoyo indispensable para llevar adelante las empresas revolucionarias destinadas a derribar al señor Ibáñez.

Este dinero se tomó para fines patrióticos y revolucionarios y para salvar del hambre y la miseria a mi familia. La cuenta escrupulosa de su inversión está en la Contraloría de la República y fué aprobada, cuando se restauró el régimen constitucional, y con ese objeto se envió un mensaje que quedó en tramitación en este Honorable Senado.

Rechazo, pues, con indignación el cargo de malversación que se me ha hecho y emplazo a los ciudadanos libres y con honor a que revisen esos documentos. También emplazo a mis compañeros que gastaron las libras y que obedecieron a consignas expresas del señor Alessandri, quien alegremente me dijo en París: "Lástima, Coronel, que no fueran cien mil las libras, porque entonces habiéramos comprado aviones y elementos para derribar al Gobierno".

En ese tiempo, el señor don Calvarino Gallardo Nieto dijo en el diario "Crítica" de Buenos Aires, con fecha 30 de Junio de 1929, lo que copio: "La tiranía impuso, si se quiere, al Coronel Grove un delito convencional de aparente defraudación; en realidad el ladrón ha sido el dictador al querer robar al Coronel Grove los recursos que la ley ordenaba entregarle y sin los cuales su familia habría muerto en la miseria y en tierras extrañas". Esa era la voz, Honorable Senado, del principal personero intelectual del actual Presidente de la República. No ha existido, pues, un acto de indulgencia al acep-

tarse más tarde mi rendición de cuentas. Se hacía simplemente justicia y se reconocía el derecho a la vida que tenía un hombre que en el Ejército de su patria siempre ocupó un sitio de trabajo, de sacrificio y de estudio.

Rechazo indignado el cargo que se me ha hecho de malversar dimeros públicos y apelo a la conciencia, al honor y a la dignidad de hombre de cualquier otro que se hubiera encontrado en un trance semejante.

Lo que hay en el fondo del asunto de las libras es que los políticos profesionales usaron entonces de mi generosidad, de mi entusiasmo y de mi fe revolucionaria para labrar con mi brazo y con mi espada una nueva situación política que hiciera posible su retorno en gloria y majestad al poder. Pero, Honorable Senado, la historia no hacía sino repetir en ese instante un hecho que antes ya había servido a los profesionales del oportunismo y de la osadía. Ahora doy a conocer estos sucesos con la seguridad de que nunca más en nuestra historia los actos generosos y el valor humano serán escamoteados por los que en la sombra se toman los impulsos revolucionarios y los estallidos del alma popular.

Lo acaecido posteriormente es de todos conocido. Llegué en un avión a la ciudad de Concepción, donde fracasó el movimiento contra el Presidente Ibáñez. En compañía de Pedro León Ugalde y Enrique Bravo, fui enviado a la Isla de Pascua, donde se nos reunió Carlos Vicuña. De ahí pudimos huir en una goleta mediante la ayuda de varios chilenos, entre los cuales estaban los señores Arturo Alessandri y Gustavo Ross Santa María.

Caído Ibáñez, regresé a Chile, donde fui elogiado y presentado como uno de los salvadores de la civilidad por casi todos mis detractores de hoy.

Al volver al país sólo pensé en obtener mi retiro del Ejército conforme a la ley, pero el Vicepresidente don Manuel Trucco me pidió que me hiciera cargo de la jefatura de la aviación donde existía una situación difícil que se estimaba fácil de resolver sólo por mi persona. Yo vacilé antes porque mi deseo era volver a Europa y dedicarme a mi familia.

Mientras tanto el país estaba agitado por un descontento general. Mi nombramiento se dilataba y la aprobación de mis cuentas era objeto de titubeos inexplicables.

El ambiente revolucionario crecía, y en Febrero de 1932 se me nombró sólo porque se vió un inminente peligro de golpe militar realizado por los elementos ibañistas.

Antes se había pretendido mezclarme, de un modo ridículo, en los sucesos de Copiapó, que sellaron en forma trágica la Pascua de 1931.

Acepté mi reincorporación y me dediqué con el entusiasmo de toda mi vida a mis labores de trabajo y responsabilidad.

El gobierno del señor Montero se hacía impopular y por todas partes cundía el descontento en su contra. El centro principal de

los ataques contra ese mandatario y sus ministros lo constituía el diario socialista "Crónica". En sus columnas se criticaba con talento, serenidad y eficacia al grupo de políticos anticuados y desvinculados de la realidad social que dirigían al país como en el tiempo de Riesco o de Sanfuentes.

El actual Presidente de la República señor don Arturo Alessandri obtuvo un crédito hasta por la suma de treinta y cinco mil pesos en el Banco Francés-Italiano. Ese crédito se transformó en una cuenta abierta al actual jefe de policía secreta, Waldo Palma, que era Director de "Crónica" y era el agente que obraba entre la oposición izquierdista y el señor Alessandri.

Pero el señor Alessandri quería dirigir él sólo el movimiento y manifestó viva molestia por un artículo que con el título de "La Revolución de las Conciencias" se publicó en ese diario el 21 de Mayo de 1932.

Los socialistas de "Crónica" hallábanse amenazados por tratar de dar a su publicación un giro contrario a las ideas del político personalista que deseaba administrar a su albedrío la próxima revolución que él fomentaba desde su residencia.

El señor Alessandri.—Eso es falso.

El señor Ugalde.—¿Me permite el honorable Senador una breve interrupción?

El señor Grove (don Marmaduke).—Con el mayor gusto, señor Senador.

El señor Ugalde.—He recibido, señor Presidente, una carta de don Juan B. Rossetti, concebida en los siguientes términos:

"Santiago, 23 de Mayo de 1934.—Señor don Pedro León Ugalde.—Cámara de Senadores.—Presente

Distinguido señor y amigo:

En circunstancias que iba camino del destierro, dirigí telegramas al Senado, a la Cámara de Diputados, y personalmente a Ud. denunciando al Parlamento, entre otras cosas, el hecho de que conatos políticos que hacen ahora día a día profesión de constitucionalistas, de defensores del orden, de la paz, de la legalidad, y que no desperdiciaron ocasión para manifestar su repugnancia por los llamados Gobiernos de Facto, fueron los auténticos conspiradores del 4 de Junio y los que en la sombra y de mampuesto faltaron a la lealtad política, se burlaron de la buena fe y derribaron con su actuación al Gobierno constitucional del señor Juan Estéban Montero.

He procurado, a pesar de las amenazas y del régimen de absoluta censura de prensa en que ha vivido el país, exhibir a mis conciudadanos la verdad histórica, a fin de que no continúen engañados y termine el imperio de la mistificación.

Al referir los sucesos pasados he escrito siempre con altura de miras y con la máxima serenidad y respeto; lo que no ha obstado para que por dos veces se me haya desterrado.

En mi telegrama prometí entregar al Senado un documento que contribuye, en forma decisiva, a esclarecer la verdad, y que junto

con muchos otros pertenece a mi archivo sobre la Revolución de Junio, que actualmente estoy historiamdo.

Se trata de una carta enviada por mano el 4 de Junio de 1932 por el Senador don Aurelio Núñez Morgado al coronel Grove, jefe de las fuerzas de aviación y caudillo del movimiento revolucionario.

No hace mucho con motivo de cierta pueril notificación con que fuimos amenazados algunos miembros de la Izquierda de Chile, pensé en hacer público este documento, aunque fuera por medio de volantes, para demostrar al país dónde están los individuos que querían destruir con bombas arrojadas desde los aeroplanos a una ciudad indefensa, y cuáles fueron los que con su patriotismo supieron desoir las criminales inspiraciones.

He querido cumplir con la palabra empeñada. Y por eso, al celebrar el Senado su primera sesión, recurro a su alta posición para pedirle quiera hacer entrega a esa Honorable Cámara del documento que una justicia eterna e inmanente trajo a mis manos para sanción de los falsos apóstoles, para escarnio definitivo de los mistificados.

Espero que Ud. me prestará su poderoso apoyo para que se cumpla la justicia histórica; y que exigirá se adopten las medidas de precaución necesarias para que el precioso documento que confío a su honor no sufra extravíos.

Lo saluda atentamente S. S. y amigo.—Juan B. Rossetti."

El señor Bravo.—Señor Presidente: yo protesto de que se concedan estas interrupciones que vienen en perjuicio de los Senadores que estamos inscritos y que vamos a contestar las observaciones.

El señor Ugalde.—Si el honorable señor Bravo desea aprovechar mi inscripción para responder, desde luego se la dispense.

El señor Azócar.—Por lo demás, se trata de una interrupción aceptada. El señor Senador pudo haberse opuesto al principio.

El señor Bravo.—Deseo que se proceda en esta forma para lo futuro.

El señor Marambio (Presidente).—Ruego a los señores Senadores se sirvan guardar el orden del debate.

El honorable señor Ugalde pidió una interrupción y nadie se opuso; por eso la Mesa la permitió. Pero, en adelante, si el honorable señor Bravo reclama, no permitiré interrupciones.

El señor Bravo.—Eso es lo que pido, señor Presidente, para lo futuro.

El señor Ugalde.—Termino de leer la carta del señor Juan B. Rossetti con la cual me acompaña el documento que entrego en estos instantes al señor Presidente y cuyo tenor literal es el siguiente:

"Ricardo Millán.—Querido amigo: Vengo llegando de Temuco. Por la prensa me he impuesto del movimiento. Bienvenido. Vengo de hablar con don Arturo y le transmito rápidamente nuestro pensamiento: es urgente que en los primeros momentos sea Ud. y nadie

más que Ud. quien asuma el mando: nada de Puga ni de Dávila; en caso de que Ud. no quisiera aceptar ese pesado cargo, ahí está el General Bravo y Ud. toma la cartera de Defensa. Pero es mejor lo de más arriba para el éxito. Es urgente hacer una demostración efectiva, alguna bomba en la plaza de la pila de deudas, o cosa parecida para inspirar temor. Los notables quisieron llevar a don Arturo a cooperar con ellos. Lo rechazó de plano."

"Ha; que actuar sin demora, porque en la Intendencia están sacando cuentas de las fuerzas con que cuentan."

"El portador podrá darle otros detalles."

"Suyo Affmo.—Núñez."

Hago entrega de este documento al señor Presidente del Senado.

El señor Marambio (Presidente).—Puede continuar el honorable señor Grove don Marmaduke, y me permito prevenirle que hay reclamos de parte de algunos señores Senadores, por lo que le ruego se sirva no aceptar interrupciones.

El señor Grove (don Marmaduke).—Por mi parte, señor Presidente, y antes de continuar, debo declarar que no tenía conocimiento de ese documento, porque no llegó a mi poder; y en este instante es muy interesante porque corrobora lo que viene a continuación y dejará bien claramente establecido que yo no tenía ninguna concomitancia con el señor Dávila, que fué el que sustrajo ese documento y no me lo entregó.

Continúo, señor Presidente.

El señor Grove (don Marmaduke).—Entretanto se conspiraba por todas partes y el Gobierno sentía la sensación del vacío que lo oprimía y empujaba a tomar medidas policiales. Pero en ningún momento el Excelentísimo señor Montero hizo nada por castigar al principal promotor de los acontecimientos que se precipitaban contra la estabilidad del régimen constitucional.

Se trataba de mezclar mi nombre en estas conspiraciones que tenían tres caudillos aparentes: el señor Arturo Merino Benítez, el señor Carlos Dávila y el señor Eugenio Matte Hurtado.

Los dos primeros tenían vinculaciones militares y eran sindicatos de ibañistas y alessandristas. El tercero era el jefe de la Nueva Acción Pública, y tenía bajo su control a núcleos obreros, de pequeña burguesía e intelectuales.

Hubo un momento en que por mi acción personal dentro de la Aviación y del Ejército se evitó un pronunciamiento militar. En ese instante sólo pensé en impedir la acción de los conspiradores que trataban de usar las fuerzas armadas para reemplazar a unos hombres por otros.

Pero los sucesos eran superiores a los hombres y el torbellino revolucionario iba envolviendo con su fuerza tremenda a los gobernantes y a los opositores.

Eugenio Matte pretendía hacer un movimiento civil porque no contaba con adhesión alguna entre los militares. Creía en la eficacia

de un paro obrero y de grandes movimientos de masas que obligarían al señor Montero a enmendar rumbos en su gobierno. Esto tal vez fué lo que hizo declarar al Ministro del Interior, señor Víctor Robles, que desde el 1.º de Mayo de 1932, Chile se hallaría bajo un régimen socialista.

En ese mes fué cuando se produjo la aparición franca del gran conspirador que armó la mano militar y llevó la adhesión de sus amigos del Ejército a los civiles idealistas que como Matte querían un cambio de rumbos ideológicos.

Los rumores de revolución llegaron hasta el gobierno y este creyó que mi persona estaba implicada en las actividades sediciosas. El día 3 de Junio se me quitó sorpresivamente, a las 6 y media de la tarde, el mando de la Aviación. Traté de entregar los servicios al Comandante Jessen y este no aceptó recibirlos en esas condiciones. Igual cosa pasó con el Comandante Diego Aracena. Ambos con justa razón decían que si se destituía al jefe con mayor saña se perseguiría a los subalternos.

Esto motivó mi traslado a El Bosque, donde todo el personal hizo causa común conmigo y se rebeló contra el Gobierno por haberme relevado con injusticia del mando.

La revolución estaba en todas partes y el señor Arturo Alessandri trató de aprovechar para sí esta situación. Para ello utilizó a los señores Pedro Alvarez Salamanca, Enrique Bravo y otros. Antes había sido su personero en las reuniones secretas con Eugenio Matte y algunos destacados intelectuales el señor don Aurelio Núñez Morgado, que pretendía ser miembro de una Junta de Gobierno que reemplazaría al señor Montero y abriría el paso al señor Alessandri.

**El señor Alessandri.**—A sabiendas, Su Señoría, está haciendo afirmaciones que son inexactas.

**El señor Grove (don Marmaduke).**—La guarnición de Santiago adhirió al movimiento de El Bosque y el Regimiento Cazadores prestó su apoyo por obra de la mediación del señor Enrique Bravo Ortíz que con otros destacados políticos alessandristas actuaban como emisarios del actual Presidente de la República.

**El señor Bravo.**—Eso no es exacto.

**El señor Grove (don Marmaduke).**—Doy todos estos antecedentes al Honorable Senado y estoy llano y dispuesto a pedir que se investigue de un modo completo y minucioso la actuación de muchos que usaron del 4 de Junio para llegar al poder, al mando y al dominio de todos los chilenos sin importarles el constitucionalismo y el legalismo de que hoy alardean.

Por esto asumo la responsabilidad de lo que digo y desearía que igual cosa hiciera en un gesto de virilidad el actual primer mandatario que estimuló y aceleró a varios de los actos del 4 de Junio,

a fin de que se termine con las falsedades que se tejen sobre estos sucesos.

El señor Alessandri.—Eso es falso.

El señor Puga.—No basta decir que es falso; hay que probarlo, señor Senador.

El señor Alessandri.—Lo afirmo y lo probaré.

El señor Alessandri fué con el que habla a El Bosque a tratar de convencer al señor Grove para que desistiera de cometer el crimen que intentaba contra la República.

—Manifestaciones en las tribunas y galerías.

El señor Marambio (Presidente).—Advierto a las tribunas y galerías que si no guardan orden, las haré despejar, pues les está estrictamente prohibido hacer manifestaciones.

El señor Morales.—Hay que guardar el orden abajo, señor Presidente.

El señor Marambio (Presidente).—También, señor Senador.

El señor Morales.—No debe admitirse interrupciones, señor Presidente.

El señor Marambio (Presidente).—Ruego a los honorables senadores se sirvan evitar las interrupciones.

Oportunamente Su Señoría podrá formular las observaciones que estime convenientes.

El señor Alessandri.—Siento tener que hacer interrupciones, pero me veo obligado a rectificar inmediatamente las afirmaciones graves y falsas que se hagan. Es preciso no olvidarse que el Código Penal dice que es calumnia la imputación de un delito determinado, pero falso.

El señor Senador está haciendo afirmaciones graves y faltando a la verdad. La verdad es que el actual Presidente de la República y el que habla fuimos a El Bosque a tratar de convencer al señor Grove para que no cometiera el crimen que intentaba en contra de la República, y en esa oportunidad tuve yo ocasión de recordarle las reiteradas declaraciones que me había hecho en Europa de su amor reconocido a la Constitución y a las instituciones fundamentales.

El señor Grove (don Marmaduke).—Esta fecha, que se ha presentado como abominable no es sino la fuente generosa del actual régimen civilista y constitucionalista que no ha tenido sino rigores y violencias con los que hicieron posible la tercera presidencia de don Arturo Alessandri Palma.

Este político fué a El Bosque y ahí estimuló a los militares a que por ningún motivo cedieran ante el señor Montero y que usaran de todos los medios bélicos de que disponían para derribarlo. Fué como aparente mediador por parte del Gobierno, pero resultó el estimulador, el encendedor, el poderoso agente que con su verba fácil

y su insinuante don de convicción ayudó a echar por tierra al señor Montero.

Se ha hecho célebre esa frase de "No afloje, Coronel". Eso y más dijo el señor Alessandri. Estaba seguro de que los militares le harían el juego y que procederían como otras veces; como en 1919; como en 1924; y como en 1925. En esos años fué este mismo y demagógico emisario de 1932 el que hizo saltar a la República de los rieles de la legalidad. Pero los tiempos, Honorable Senado, eran distintos y en el nuevo instante se agruparon hombres e ideas que deseaban con sinceridad un profundo cambio de régimen social en la vida de la República.

El señor Alessandri creyó que mi persona era fácilmente sugestionable y me propuso, por teléfono, al volver a Santiago que los revolucionarios de El Bosque aceptaran su nombre como el de Ministro del Interior con vistas a la Vicepresidencia.

El señor Alessandri deseaba utilizar el movimiento, pero yo le contesté: "Muy bien, don Arturo. Quiere decir que Ud. nos entregará el poder en vez del señor Montero".

El actual Presidente de la República rechazó con molestia esta proposición y se alistó para actuar de otro modo en presencia de los hechos revolucionarios. Por lo demás, el poder se le escapaba de las manos por un tiempo. En un período próximo procedería a recuperarlo con el talento y don florentino que soy el primero en reconocerle.

Al movimiento se agregó la Escuela de Aplicación de Infantería, lo que obligó a aceptar al señor Carlos Dávila como miembro de una Junta de Gobierno Revolucionario. Yo no acepté ningún cargo en esa Junta y pasé a desempeñar la cartera de Defensa Nacional.

El movimiento del 4 de Junio tuvo errores, vacilaciones y defectos que no analizaré aquí. Pero declaro muy en alto que todo lo que hice en compañía de Eugenio Matte Hurtado y de los ministros revolucionarios que cayeron derribados el 16 de Junio, fué sincero, bien inspirado y sólo fracasó en parte por acontecimientos y dificultades superiores a la voluntad de los hombres.

Se ha criticado duramente al 4 de Junio y se me ha hecho blanco de esos ataques. Asumo con decisión mi responsabilidad y declaro que sin esa actuación el socialismo chileno habría visto retardada su marcha por mucho tiempo.

La Junta a que colaboré como Ministro de Defensa disolvió el Congreso termal el 6 de Junio. El 11 de Junio hizo devolver gratuita e inmediatamente a todos los empeñados los respectivos artículos de uso doméstico, prendas de vestir y abrigo, como también máquinas de coser y elementos de trabajo, que existían empeñados en esa institución, hasta la concurrencia de 300.000 pesos. La Caja Nacional de Ahorros fué obligada por un decreto ley a conceder créditos en cuenta corriente hasta por el 50 por ciento del activo a los comerciantes cuyo capital en giro fuera menor de doscientos mil pesos.

La Junta afrontó de inmediato los problemas del crédito, de la resienciación y de la alimentación popular. Procuramos resienciar a las clases proletarias y conseguir una mayor eficacia en la distribución de los alimentos para el pueblo.

Se consiguió un ventajoso arreglo del problema de la bencina que iba a permitir la venta de este producto a un peso el litro. Ya había treinta y cinco millones de litros listos para dar un impulso nuevo a los numerosos comerciantes y obreros que viven de este valioso combustible.

El problema azucarero estaba también resuelto y la Refinería de Viña del Mar pactó con el Gobierno Socialista un arreglo de vital importancia y cuyas líneas generales están en un decreto ley que por nuestra caída no se aprobó.

En resumen, durante los doce días de lo que se ha llamado mi gobierno, recibí el estímulo y el aplauso de gran parte de los que hoy me combaten. El propio Arzobispo de Santiago me expresó por medio de un común amigo su adhesión y el deseo de conversar conmigo. La Asamblea Radical de Santiago dió un voto de aplauso y adhesión al gobierno revolucionario. Hombres de todas las tendencias políticas y sociales prestaron su adhesión al nuevo régimen y el diario de don Agustín Edwards se encargó de dar su consabido apoyo a los pocos días de implantarse el gobierno socialista.

Entre las valiosas felicitaciones que recibí estubo la del actual Presidente de la República. Casi todos sus amigos y gran parte de sus actuales colaboradores adhirieron al régimen. Entre otros don Aurelio Núñez Morgado que fué nombrado Superintendente del Salitre con el apoyo moral y los consejos del señor Alessandri.

Estuve en casa de éste y ahí se concertó una entrevista con don Agustín Edwards, quien con lágrimas en los ojos me habló de su pobreza y dijo que la idea de socializar a "El Mercurio" lo dejaría en la miseria. Un honorable senador aquí presente asistió a tan cómica incidencia que forma uno de los aspectos pintorescos de los episodios de ese banquero.

El señor Marambio (Presidente).—Rogaría al señor Grove no aludiera en forma hiriente a personas que están ausentes.

Ruego a Su Señoría que evite toda expresión inconveniente.

El señor Grove (don Marmaduke).—Con todo gusto, y declaro que no es mi ánimo ofender a nadie.

El señor Alessandri.—Es curiosa la teoría del honorable Senador. Es la consagración de la irresponsabilidad.

El señor Grove (don Marmaduke).—No fué, pues, honorables Senadores, el 4 de Junio un acto que repudiara todo el país. Al contrario fué propiciado por el actual Presidente de la República, quien en todo momento hizo lo humanamente posible por recoger pronto el mando que el señor Montero había perdido por un acto revolucionario.

Es la primera vez que aludo a estos sucesos, y había pensado silenciar algunos. Ruego al Honorable Senado que me perdone la extensión y lo personal de estas palabras; pero todos comprenderán que como ciudadano y como responsable de mis actos ya no podía silenciar más la participación que en el 4 de Junio, tuvieron algunos de mis perseguidores actuales.

Declaro al país desde esta alta tribuna que en esa fecha no tuve en ningún momento presente mi situación personal y que ni siquiera me preocupé de dar una legalización revolucionaria a mis actos en lo de las libras. Tampoco me ocupé de dar a mis amigos y colaboradores sueldos o situaciones de medro personal. Ellos eran en su mayor parte hombres idealistas; intelectuales sinceros o profesores universitarios los unos; obreros fervorosos y honorables los otros. A todos ellos expreso ahora mi agradecimiento porque forman el mismo y sano conjunto al que debo en gran parte el triunfo del 8 de Abril.

Se ha querido esgrimir la legalidad como una arma en mi contra, pero la propia legalidad ha servido ahora para darme una fuerza y un sentido que antes no tuvo el socialismo. Y esto ocurre porque las grandes ideas se imponen y sobrepasan a los moldes jurídicos; porque las revoluciones crean un derecho nuevo; y hasta tienen la virtud de transformar las gastadas armas del sufragio universal y de la democracia en un impulso hacia el porvenir y hacia el triunfo de las ideas redentoras.

Muchos chilenos esperaban estas palabras y a ellos me dirijo con serenidad y con íntegra confianza en el destino del socialismo y de la nación chilena. Se ha dicho que no represento nada, que no tengo programa, que soy un iluso y que detrás de mí no hay nada organizado. Pero esos tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen.

El socialismo posee hombres y exhibe un programa. Espero en una oportunidad próxima dar a conocer muchos de sus principios y sus aspectos más vigorosos.

El socialismo no constituye una fuerza desorganizada destructora como tantas veces se ha dicho. Es una fuerza organizada y que aspira a una transformación profunda y revolucionaria en nuestra vida económica y política. Ya ha dado pruebas innumerables de cordura, de sensatez y de fuerza incontrarrestable por ser serena y consciente.

Nuestros enemigos interesados nos presentan como demoleedores; pero nunca se han tomado la molestia de revisar el programa socialista y las declaraciones de sus más destacados personajes.

El hecho de que un partido sea revolucionario no significa que este concepto se confunde con la simple y estéril destrucción.

El gran escritor inglés Wells dice a este respecto una frase que entrego a la meditación de mis ilustrados colegas: "Los estallidos revolucionarios sociales no son resultados de conspiraciones, sino los síntomas de una enfermedad social. No son causas, sino efectos".

Esto puede aplicarse a nuestro país. Mientras no se remedien los males profundos que padece el organismo social; mientras no se cure de raíz la honda enfermedad que corroe nuestra vida política y económica, será imposible hablar de orden, de estabilidad y de otros conceptos con que especula nuestra astuta plutocracia.

El Partido Socialista en su programa acepta como punto básico para afrontar y solucionar con métodos revolucionarios los hondos problemas de Chile, el marxismo enriquecido y rectificado con todos los aportes científicos del constante devenir social. En otras palabras, tiene un método o una llave económica para enfocar los problemas; pero sin olvidar, en ningún instante, la realidad nacional; las revisiones que reciben a menudo, las interpretaciones muy rígidas de los fenómenos económicos, políticos y sociales.

El Estado Capitalista divide a la sociedad en clases que cada día acentúan más su diferencia. Esto se hace más terrible en este país, porque su organización, como lo observó hace años el gran escritor y pensador Isidoro Errázuriz, se fundamenta en dos clases rivales. Dice este escritor de la oligarquía lo siguiente, que tiene hoy tanta actualidad como en el día que se escribió: "Son dos clases rivales, casi dos razas, de las cuales una alienta el orgullo y la conciencia de su usurpación, y la otra lleva escondido en el fondo del alma el instinto de su agravio y el encono de su inferioridad, las que viven así, la una al lado, o más bien, la una sobre la otra en los campos y en seguida en las ciudades de Chile".

La lucha de clases forma en este país una fenómeno que no lejos de atenuarse va aumentando por hechos sociales y económicos que todos conocen y cuya investigación puede realizarse por medio de la estadística y de la ciencia. La proletarianización de la clase media y de los sectores de la pequeña burguesía agudiza la crisis y ha hecho perder toda confianza a millares de ciudadanos en las soluciones políticas de la burguesía, en sus partidos tradicionales y en los remedios y calmantes que estos ofrecen para nuestros problemas.

El Partido Socialista levanta en presencia de los partidos burgueses un frente de trabajadores intelectuales y manuales que ya no es una vana abstracción como creen muchos de sus adversarios. La conciencia de clases de los obreros no se ha manifestado hasta aquí entre nosotros con estallidos violentos y demolidores sino con eficaces y formidables actos de creación revolucionaria.

El señor Marambio (Presidente).—Permítame el honorable Senador.

El señor Azócar.— El honorable señor Grove concluirá sus observaciones en unos instantes más.

El señor Marambio (Presidente).—Queda acordado prorrogar la hora hasta que el honorable señor Grove dé término a sus observaciones.

Puedo seguir usando de la palabra Su Señoría.

El señor Grove (don Marmaduke).—El Partido Socialista

pretende transformar nuestra vida política y crear una mentalidad nueva en el país. Para ello va a levantar una red de universidades populares, y para ello cuenta con intelectuales y profesores capacitados para dar este impulso vital que día a día aumenta nuestras filas ante el estupor y el miedo irrazonable de muchos.

El Partido Socialista, no pretende como dicen algunos usar de métodos terroristas y de procedimientos irracionales. Por el contrario, ha demostrado en la última elección ser una vigorosa y orgánica colectividad cuyos núcleos intelectuales y manuales se mueven dentro de la armonía de una inmensa y disciplinada familia.

Los gobiernos se han cebado en nuestro partido y han aventado muchas veces a su estado mayor; pero ello lejos de derrumbar su moral ha hecho que ésta sea más fuerte cada día.

Las persecuciones a nuestro partido en el último tiempo solo se comparan a esas que padecieron los revolucionarios rusos y alemanes en los instantes más sórdidos del terrorismo blanco. Se me ha tenido en una isla que evoca los peores parajes de Siberia. El Secretario General anterior, Oscar Schnacke lleva cinco meses en una húmeda celda de la cárcel. Uno de nuestros más valerosos intelectuales pasó varios meses enfermo en un sitio inclemente de la cordillera.

Cientos de obreros y campesinos han sido apresados, vejados, despedidos de sus ocupaciones y aterrorizados por el solo delito de creer en la buena nueva del socialismo.

Pero el socialismo es un hecho; y ante esta demostración avasalladora del 8 de Abril, los propios partidos históricos han comprendido que el germen de muerte lo llevan siempre en sus entrañas, sino proceden a la brevedad posible a transformar sus antiguos métodos de propaganda, captación y organización. Pero eso no basta y así presenciamos a los ocho días justos de haberse loado como insuperable el sufragio amplio, un cambio de frente en que se encomía el sistema corporativo facista y se pondera la bondad de un voto restringido que haga posible el fortalecimiento de la reacción política.

Pero esos no son remedios. Hay problemas muchos más hondos que son superiores a la voluntad de los dirigentes que por tantos años, disponiendo del dinero, de la fuerza, de la cultura y de todos los elementos para la dominación, no han sabido crear un orden social, una estabilidad social.

El problema agrario es la piedra de toque de las futuras luchas sociales y en él tendrá que resolverse la definitiva organización que hará de Chile un país con una producción racional, humana y destinada a servir a todos, y no un pequeño grupo plutocrático de des mil familias que han heredado la mentalidad de los encomenderos feudalizantes.

Parodiando a un escritor español puede decirse que el problema agrario chileno es el central y forma el eje, "como el sol es el centro

del sistema planetario y como el cerebro es el centro del sistema nervioso".

Baste decir por ahora mientras insisto sobre este punto que hay en Chile veinte y siete millones trescientas mil hectáreas más o menos de tierras de cultivo y que de estas más de veinte y un millón son ocupadas por 2620 terratenientes que ocupan un setenta y ocho por ciento de su extensión.

El Partido Socialista, comprende que con el sistema actual, la producción está anarquizada y que los pequeños propietarios que en el sur forman la legión abnegada y heroica que limpió las selvas y civilizó las montañas hostiles, no reciben los beneficios y la ayuda a que son acreedores.

El Partido Socialista ayudará y exaltará a estos individuos que luchan y crean la riqueza social, pero será inflexible en su gran combate por entregar la tierra a los que la trabajan y por aventar el parasitismo de innumerables hacendados que viven al margen de la justicia, de la moral y del orden.

Los grandes demolidores son los que pagan salarios de hambre y hacen del campesino una bestia de carga que come una galleta insalubre y que recibe unos pocos centavos como salario, después de haber entregado todo su esfuerzo al patrón codicioso.

El Partido Socialista en una oportunidad adecuada dirá su pensamiento total y científico sobre este problema que ha sido desfigurado en la prensa y en el folleto por defensores interesados del privilegio y del feudalismo imperantes en grandes zonas agrarias.

Nuestro Partido ha llevado ya la inquietud revolucionaria a los pequeños campesinos y estos se organizan por todo el país como las legiones precursoras de una transformación profunda que beneficiará a todos los chilenos y no a unos pocos como sucede en la actualidad.

Pero para completar esta reforma, el Partido Socialista ha estudiado la manera de que el crédito llegue a los que lo necesitan y no a los que lo han usado para destruir capital, riqueza y han causado grietas profundas en la economía nacional.

El crédito se estableció en Chile ante el pretexto de servir a los humildes, pero sirvió para desenvolver una vida suntuaria que ha creado un derroche y una falsa prosperidad contrarias a la vida austera de los conquistadores y de los fundadores de la nación.

Otra de nuestras preocupaciones es que haya una distribución justa y que la economía tenga un sentido social que haga posible en un país de tantos recursos la alimentación del pueblo así como su vestuario y su residencia.

Este último problema es gravísimo y está sin resolver desde mucho tiempo. La moral de un país no puede reconstruirse sobre masas enormes de individuos que vagan semi desnudos y no tienen una casa propia familiar donde cobijarse.

La mortalidad ha llegado en el último tiempo a cifras que según los Boletines Estadísticos recientes marcan el período más trá-

jico de nuestra historia Y todo eso ha coincidido con la política de imprevisión, de abandono y de desprecio al proletariado que han esgrimido los actuales gobernantes de Chile.

Así hemos visto que el precio del pan siempre ha ido subiendo aún en los períodos en que el del trigo y de la harina descendían. En último término, el consumidor ha pagado duramente el tributo a que lo someten los monopolios imperantes.

La política de monopolios y consorcios que dirigen la economía nacional desde el extranjero ha sido la característica más dramática de estos últimos años. Por eso junto a la reforma de los métodos políticos debe hacerse una transformación económica revolucionaria que pueda por primera vez crear una patria y una nación chilena de los trabajadores.

Mi partido es anti imperialista y tiende en lo internacional en su primera etapa a organizar a todos los obreros americanos en su lucha contra los agentes de la explotación extranjera.

En sus métodos para realizar este ideal está el de la propaganda y el de una confederación solidaria de los intereses de todos los explotados de Sud América. Para fijar esta posición nuestros técnicos han estudiado la vida política, social y económica y han creado un programa de eficacia racional que no se basa en lecturas o trasplantaciones de métodos, sino en la viva y palpitante realidad de la nación.

El Partido Socialista es un partido de trabajadores y trata de hacer del país una república de trabajadores en que todos los grupos sociales se organicen de un modo racional. Por esto es un partido revolucionario y que se ha creado sobre el cimiento potente de una enorme masa disciplinada. Pero no se crea, que este Partido vaya a establecer en Chile una copia servil de métodos y procedimientos que han realizado otros países.

El pueblo chileno ha demostrado hasta ahora que ni la miseria ni el dolor ni el abandono en que vive logran desesperarlo.

Antes, por el contrario, en él ha nacido una nueva fé y con esa fe en el destino de este país digno de mejor suerte, ha desoído la voz de los agentes provocadores, ha esquivado las invitaciones a la violencia estéril y se ha preparado al triunfo final con la serena conciencia de su fuerza.

El Partido Socialista es y será revolucionario. No admite ni admitirá componendas, no tiene apetito de mando o autoridad, no desea precipitarse.

Cuenta con las fuerzas espirituales y materiales que harán imposible detener su triunfo. Posee y está desarrollando un programa de propaganda que se sobrepondrá a las fuerzas legales e ilegales que se le han lanzado. Tiene todavía un gran aliado y un gran estimulador en el actual régimen que con sus persecuciones y torpezas ha precipitado su crecimiento.

Deseaba decir estas palabras al país y deseaba exponer las líneas generales de mi vida pública y de los principios del Partido So-

cialista ante vosotros. En otra oportunidad volveré a esta tribuna para tratar algún punto concreto de nuestro programa o de nuestra posición doctrinaria ante algún problema.

No han bastado la persecución y el odio desencadenado en mi contra para despertar sentimientos bajos en mi espíritu fortalecido por una gran disciplina socialista. El cohecho, la intervención y la calumnia pudieron más que nada para traerme hasta aquí.

Y pudo mucho también la cadena de estériles mentiras, de bajezas y de ignominias con que se pretendió atar a mi persona. Por todo lo dicho creo que la elección del 8 de Abril fortaleció y engrandeció al socialismo en el país, a la vez que mostró los procedimientos vergonzosos del Gobierno que llevó su mentalidad nepotista hasta presentar como candidato oficial al Senado a un propio deudor cercano de S. E. el Presidente de la República.

El señor Alessandri.—Los Senadores de eligen por el pueblo.

El señor Marambio (Presidente).—Vuelvo a manifestar al honorable señor Grove, la conveniencia de no hacer alusiones personales más cuando se trata de otros colegas.

El señor Azócar.—Hace algunos momentos el señor Presidente pidió al señor Senador no se refiriera a personas que están ausentes de este recinto; pero en este caso se trata de personas que están presentes.

El señor Alessandri.—El señor Grove puede referirse a mi persona si lo desea, pues yo le sabré contestar oportunamente como se debe y haré ver cómo su vida es un zigzag, ya que hoy piensa una cosa y al día siguiente procede en forma contraria.

—Manifestaciones en las galerías.

El señor Marambio (Presidente).—Si las tribunas no guardan orden, las haré despejar.

El señor Grove.—En esta hora histórica miro con serenidad el porvenir y aguando tranquilo al frente de mi Partido el juicio del futuro. Pero también quiero decir al país que todo tiene su límite y que no era justo que yo sólo compartiera los ataques cuando en las alturas del poder estaba el verdadero demoleedor de las instituciones chilenas y el más tenaz adversario de toda paz pública. Fué él quien llevó la mecha revolucionaria a los cuarteles en el lejano año de 1919; fué él quien usó a los militares para asaltar urnas en Curicó y otras partes el 1924; fué él quien disoció la disciplina de los Cuerpos armados con sus bellos discursos y sus frases arrogantes en los años 1924 y 1925. Fué él, por último, el que mostró a los revolucionarios idealistas de 1932 el camino de los cuarteles, así como antes en Europa había preparado la insurrección de la marina con sus consejos políticos.

El señor Urrutia.—Protesto por esas palabras, señor Presidente.

No es posible que se ataque en esa forma a las autoridades de la República. Nosotros debemos velar por el prestigio del Parlamento y de las instituciones, y en consecuencia, pido que se cumpla el Reglamento.

El señor Alessandri.—No es posible que la tribuna parlamentaria sirva de refugio a delincuentes que quedan impunes.

El señor Marambio (Presidente).—Ruego, por última vez, al señor Senador se sirva no hacer alusiones de la naturaleza de las formuladas, pues no querría ponerme en el caso molesto de llamarlo al orden.

Ayer manifesté al Honorable Senado que siempre ha existido la más estricta caballerosidad en los debates.

El honorable señor Grove comprende que cualquiera alusión a la persona del Presidente de la República o de cualquier otro funcionario tiene que producir una justa molestia.

Ruego, pues, al señor Senador por última vez, que no insista en expresiones que no están conformes con el Reglamento del Honorable Senado.

El señor Grove (don Marmaduke).—Estoy completamente de acuerdo con el señor Presidente.

El señor Marambio (Presidente).—Ruego a Su Señoría no me coloque en una situación molesta...

El señor Grove (don Marmaduke).—Hay que tener presente, señor Presidente, que nunca se ha tenido caballerosidad conmigo. Esta es la primera vez que se me permite alzar la voz para defenderme, es la primera vez que se me permite decir la verdad.

El destino de los hombres revolucionarios es muy curioso. Unos utilizan para sus fines particulares la llama generosa que crean los espíritus. Otros caen en silencio y sufren callando. Es la diferencia que hay entre los revolucionarios políticos y los revolucionarios sociales. Por contarme entre estos últimos considero que todo lo ocurrido desde 1924 tenía que suceder y que en último término ha sido el desenvolvimiento de un proceso lógico que comenzó en 1920 y que nadie sabe cuando va a terminar. Pero los grandes culpables de lo pasado son los que con su imprevisión, con su demagogia y su apetito de poder encendieron la mecha revolucionaria que en último término los va a arrasar.

Confío, pues, en el porvenir de esta revolución social que está en la conciencia de la inmensa mayoría de los chilenos y que habrá de germinar en forma espléndida para dar a este país una nueva y completa organización económica, moral, social y política.

Y confío más, Honorable Senado, cuando veo con mi elección y con lo que ella tuvo de revolucionario, comienzan a derrumbarse las viejas Bastillas políticas y a hundirse los agrietados cuarteles en que vivían más atrás de nuestra época en una especie de sueño colonial, los que nunca tuvieron ojos para ver la realidad tremenda y nunca tuvieron oídos para sentir las palpitaciones inmensas de un alma chilena estremecida por el sufrimiento, el dolor y la injusticia.

He dicho.